

HERALDO DE MURCIA

AÑO V

DIARIO INDEPENDIENTE

NUM. 1297

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero 7'50 PESETAS trimestres.
Comunicados á precios convencionales.

Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18

JUEVES 26 DE JUNIO DE 1902

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En segunda plana. 00'50 pesetas línea
En tercera. 00'10 id id.
En cuarta. 00'05 id id.

Administración: Saavedra Fajardo, 15.

A BOCA DEL CONFLICTO

Alguien dijo en sazón oportuna y muy á tiempo que los conflictos en varias poblaciones de la península recrudecían: que «tratar de extinguir el fuego con materias susceptibles de combustión, era propagar el incendio, á la vez que se le hacía más formidable». Sin embargo y á pesar de ser dichas estas palabras en pleno Congreso, nadie, absolutamente nadie, se mostró acorde en resolver los medios porque había de «cercarse» el conflicto, y no obstante, hubo siempre, quien á pocos días arguyera de forma harto desusada refiriéndose al asunto: «Son unos cuantos labradores que al ir de jira, con la alegría propia de la merienda, sueñan en utopías y se entretienen en arreglar el mundo á su estilo.»

Que los sucesos de Jerez revisten una importancia mucho más grande de la que se le quiso dar, no hay modo ni estilo para ocultarlo; que jamás se atacó de frente el problema ni nada á él atañero, no hay por qué decirlo; sólo, y grima dá confesarlo, se habló de los sucesos acaecidos en Jerez, como hablarse pudiera de algo á la China referente; mas nunca, y ello es mucha verdad, pensóse en cortar el mal de raíz, solucionar franca y categóricamente el conflicto, antes, con el silencio guardado, se amontonó combustible en torno de la hoguera, para que, con la más leve brisa se propagara al resto de la península, y lo que comenzó siendo una mínima hoguera se trocaba en formidable y peligroso incendio.

Llegó un instante en que se quiso hacer algo, por puro temor, mas la cosa no pasó de ahí y todo quedó de la manera que antes. «El propio ministro de Estado, mostrábase—en aquella sazón—preocupado y caviloso por el recrudescimiento de un problema de fecha tan antigua que tuvo ya tremendas y peligrosas explosiones: el 61, con Perez del Alamo; el 82 con la supuesta ó real *Mano negra*; el 92, con la entrada en Jerez de los trabajadores del campo, amotinados. Y ha pasado el tiempo sin que se hiciera nada, aplicando por todo sistema curativo, cuando la alarma social llegaba á los extremos de la angustia ó del miedo, el de suspender las garantías constitucionales, sometiendo á consejos de guerra, á procesos y condenas de un rigor excepcional, á los que resultaban más ó menos autores de la agitación.»

«Mantenido el orden, asegurada la tranquilidad material, la protesta del proletariado de Jerez es ya un hecho grave. Se podrá contener y castigar la propaganda anarquista, pero no está ahí sólo la medicina; es necesario mejorar al mismo tiempo la situación del trabajador, y además, aunque el gobierno no lo quiera oír, aunque los políticos no lo quieran entender, aunque se considere la reclamación vaga y genérica, además de mejorar la situación de la clase jornalera hay que hacer posible la vida al contribuyente por pequeñas cuotas, pues esas son las seguras, las que nutren el presupuesto, las que se cobran siempre, y las que muy pronto no se podrán pagar, como no se revise la tributación severamente y se cree ó se establezca una inspección de los campos, contra los caciques que reparten la contribución entre sus enemigos y contra todos los que turnan en procurar por el que manda, contra todo el que obedece, cumple la ley y no puede defenderse.

Los momentos son terribles y de prueba para los fusionistas; si ahora como siempre se hace la vista gorda y se resuelve el conflicto con augurar que «la tranquilidad en España es completa» puede que cuando se tratase de lograr esa tranquilidad más que llegar tarde fuera de todo punto imposible el lograrla, y eso, como se ve, sería por todos extremos peligrosísimo á la nación y á los gobernantes. El perenne *statu quo* es poco menos que imposible en los días que corremos, y máxime cuando sobre el cielo de la patria se cierne una nube negra y ruga el trueno sordamente.

CRONICA

MEMENTO

Diffícil cosa es para el desgraciado

reconciliarse con la memoria. Esa facultad del alma, centro de todo saber, lo es también para el alma de todo dolor. La graciosa Mnemosina, madre de las musas, es también madre de las penas. Olvidar es el lema del infortunio. Unos ahogan el recuerdo en alcohol, otros en morfina; quien en el vicio, quien en el sepulcro. «Como enjambre de abejas irritadas», conforme á la hermosa expresión de nuestro grande y tierno Bequer, vuelven para atarazar al corazón las horas que fueron. Amargas, resucitan el sentimiento de antiguas desdichas. Dulces, rememoran en la presente desolación la imagen del bien perdido, dolor el más grande de todos, al decir del vate florentino. Galeote de lo pasado, sufre el hombre el cruelísimo martirio de contemplar en ese espejo, quiéralo ó no, el fantasma de lo que fué: dichas, adversidades, desengaños, faltas, culpas, crímenes. ¿Hay mortal tan dichoso, tan perfecto, tan contento de sí que, al transponer la cumbre de la vida, no haya experimentado alguna vez el deseo furioso é irrealizable de arrancar ese espejo de la conciencia y de romperlo en mil pedazos?»

La austera reflexión nos enseña que semejante deseo es casi tan culpable como insensato. Si la psicología intelectualista de las escuelas, sólo ha sabido hasta ahora poner de manifiesto la función mental de la memoria, no faltan en la literatura y en el arte intuiciones geniales que nos advierten el influjo y poder moral de los recuerdos. Dickens ha consagrado á este tema un precioso cuento. La tesis, como ahora se dice, del insigne novelista inglés consiste en afirmar que, sin el recuerdo, la vida moral y efectiva serían imposibles para el hombre.

Sueño, decrépito, chocho, repugnante es para todos ese viejo; ¡ah!, pero no para su hijo que vé en él al padre amoroso que arrulló su infancia, vigiló su adolescencia, sostuvo y alentó su juventud y le sirvió de guía, siempre cariñoso y solícito por los senderos de la vida. Rara, ridícula, insufrible es para todos esa anciana; ¡ah!, pero no para su marido, á quien se le pinta el recuerdo radiante de gracia y hermosura, como el día memorable de su bodas: tierna, amante, sufrida, valerosa, como lo ha sido siempre, por amor suyo, durante los largos años de su vida conyugal. Terrible, infame, malvado, objeto de la execración general es ese siniestro presidiario; ¡ah! pero no para su madre, que cree aún contemplarle en la cuna y compartir con él los juegos inocentes de la infancia. Así el pasado embellece y purifica á veces al presente. Extirpa á los hombres la memoria y no habrá ya entre ellos amor, simpatía, tolerancia ni gratitud. La fuente del altruismo se habrá secado. No quedará más que la bestia.

Lástima es y grande que, á ejemplo de lo hecho por Dickens respecto á la vida afectiva y moral, no haya intentado otro genio literario, filósofo ó sociológico hacer patente el influjo bienhechor de la memoria en lo que atañe á la vida pública y á la recta gobernación de los pueblos. También es aquí la memoria factor esencialísimo. Sin ella la existencia colectiva camina al azar, desprovista de lógica, de enlace, de continuidad, en estado de perpétua infancia. Ella guía á la opinión y le advierte lo que debe creer y de lo que debe dudar. Ella enseña, ilustra, precave, prevé. Ella ilumina lo presente con la luz de lo pasado y dá á la conciencia pública un criterio cierto para formar juicio adecuado sobre instituciones, situaciones, hombres y partidos. Desprovista de esa luz la vida social estaría siempre en sus comienzos.

Expira la regencia y el mundo oficial celebra el histórico acontecimiento. Arde Madrid en fiestas en su coto, regocijado por el suceso fausto. La dinastía se ha salvado, aunque se haya perdido todo lo demás. Se festeja se aplaude, se ríe. El alcázar despliega su fausto, la retórica cortésana sus oropeles, la adhesión dinástica sus percalinas. Una especie de embriaguez de júbilo embarga á los privilegiados. El pueblo, como siempre inocente y bobalicon, acude á contemplar de lejos cómo se huelgan los grandes y poderosos de la tierra.

¿Y qué, ni una lágrima para las víctimas del gran desastre, ni un recuer-

do piadoso para la patria mutilada? Llegan á la corte los representantes más ó menos auténticos de las provincias, pero no figuran en ellos los de aquellas hermosas y lejanas tierras que nos fueron arrebatadas, vestigios posteriores de nuestra grandeza difunta. Concurran al acto príncipes y personajes extranjeros, pero no traen consigo el testimonio de la simpatía y admiración de las gentes á la que fué una gran nación. Desfilan las tropas con marcial arreo, pero no forman en sus filas los miles y miles de desgraciados que devoraron la manigua ó los tiburones. Vienen á bandadas los forasteros, ávidos de placeres, pero se quedan en casa los miles y miles de madres desoladas que aun guardan su luto. Secunda la Iglesia con sus solemnidades los regocijos palatinos, pero los cantos de sus sacerdotes y el tañido de sus campanas semeja un himno triunfal de clericalismo omnipotente y un *De profundis* entonado en las exequias de la libertad y de la civilización. Estrújase la muchedumbre para admirar dorados, plumeros, casacas y espadines, pero su apresuramiento se parece demasiado al de quien pretende distraer el hambre del estómago con la hartura de los ojos. España, enferma, hambrienta, dolorida, no viene á la fiesta. ¿Pero quién la echa aquí de menos?»

Comienza un reinado. Comienza en días oscuros, turbados y bajo auspicios fatídicos. Ni el propio Sagasta ha osado exhibir, al saludarle, el cursi cliché de sus rosicleros. Ni alborca con él aura de esperanza ni le acogen las aclamaciones frenéticas de un pueblo en delirio. ¡Ay, que aun esos entusiasmos no suelen ser síntomas ciertos de ventura y prosperidad! Cuatro reinados vió nacer y morir en España el pasado siglo. Subió al trono Fernando VII, idolatrado por el pueblo del que había de ser tirano y verdugo. Idolo fué su hija la angelica Isabel para la España liberal, que, después de haber derramado por su causa torrentes de sangre, hubo al fin de derrocarla á mano armada. No somos aún muy viejos los que vimos entrar en Madrid, cabalgando en brioso corcel, al bravo y caballero Amadeo, para verle abandonar nuestro suelo al cabo de dos años de agitado y turbulento reinado. Llevándose consigo para siempre la esperanza de que una monarquía democrática floreciera en tierra española. Impuesto por las bayonetas entre los vítores de los suyos, tomó luego D. Alfonso XII posesión del cetro de sus mayores sin que nada hiciese presentir en aquella lozana adolescencia las negras tristezas y la agonía solitaria de su muerte prematura. Son en la vida alegres los comienzos y desoladas las postrimerías. Cada uno de aquellos monarcas representaba á los ojos del pueblo un gran principio: Fernando VII la independencia, Isabel II la libertad, Amadeo la democracia, Alfonso XII la paz. ¡Cuán amargas parecen hoy, vistas á través del cristal de los desengaños, aquellas dulces ilusiones!

Si la historia no sirve de enseñanza para la vida, ¿qué otra cosa es sino cuento de vieja y curiosidad de comadre? ¡Ay de los pueblos que desconocen ó olvidan sus lecciones! Niños eternos vivirán en perpetuo engaño. Con razón equipara la ley de Partida al desmemoriado con el demente y el imbécil. Cabe y aun es cristianamente recomendable perdonar los agravios; olvidar lo que enseñaron los hechos—Schopenhauer lo ha dicho con profunda exactitud—equivale á tirar locamente por la ventana el fruto precioso de una experiencia penosísimamente adquirida.

«¡Dios mío, conservadnos la memoria!» Tal es la súplica con que Dickens termina el hermoso cuento antes citado. De buen grado sustituiríamos nosotros tal deprecación por esta otra no menos ferviente. «¡Dios mío, devolvedle la memoria al pueblo español!»

Alfredo Calderón

“EL DIARIO,” DEFINIDOR

Para nuestro apreciable colega matinal, vivimos en el mejor de los mundos posibles, y hoy nos pinta á España como un paraíso, donde tienen justa realidad las églogas y donde casi casi la gente pasa la vida requiebrando á

las zagalas al son de la zampoña. El caro colega, *inspirándose* en un artículo del ministerial «Correo», intitulado «Ansias de paz», nos sirve hoy otras «Ansias» que producen ansias y algo más.

«Ahí está—dice el colega—la reciente peregrinación de los Sres. Lerroux, Blasco Ibañez y Soriano á varias provincias, que con ser tan tenaz y prolongada, apenas ha tenido relieve en los periódicos.» Si el colega leyese otros diarios que no «El Universo» y «El Correo Español» sabría por «Heraldo de Madrid», «El Liberal», «El País» y otros, que ha tenido tanto relieve, que en algunas poblaciones como Málaga acudieron á mítins más de 12 mil personas. ¿Le parece poco al «Diario»? ¿Y lo que ocurre ahora en Jerez, qué tal?

«Ahí está la esterilidad de los esfuerzos de aquellos que han procurado y procuran excitar las pasiones religiosas. Se pierden sus voces en el vacío.» En efecto y tan se pierden, que no hace un mes la emprendieron los anticlericales valencianos á garrotazo limpio con no sabemos qué procesionistas, y anteayer mismo, pasó en Alicante lo que en otro lado verá quien leyese. Será sensible que el «Diario» no dé en el clavo, pero lo cierto es que dá en la herradura golpe sobre golpe.

«Ahí está la elocuente pasividad de la plana mayor del partido republicano, apartada de concursos, de trabajos y de empresas que, sin duda, no considera convenientes.» También se equivoca «El Diario». ¿Ignora que hace muy poco se apartaron Melquiades Alvarez y Mareno del Directorio de la Unión republicana, porque sus compañeros aprobaron en todo y por todo la propaganda de los jóvenes diputados radicales? ¿Ignora el colega que los individuos de la plana mayor del republicanismo emprenderán muy pronto un viaje de propaganda por el norte? Pues súplico y mire el colega como se equivoca, porque ya es sabido que Mareno y Alvarez no son republicanos ni nada.

«Ahí están las mismas enseñanzas del viaje de Canalejas, cuyo principal ruido lo han hecho elementos de ideas las más extremas, (No, colega. ¡Lo iban á hacer los conservadores, carlistas é integristas!) mientras se mostraban alejadas ó hostiles todas las fuerzas que significan estabilidad y reposo.» ¿Qué fuerzas son esas? Los comités liberales ó conservadores, los que viven á costa del presupuesto ó esperan vivir; el *lustré* burocrático, la España oficial; pero ¿el pueblo, el pueblo todo, no ha recibido con aplauso á Canalejas donde quiera que fué? ¿Qué elementos de estabilidad se retrajeron en Alicante, en Valencia, en Castellón? ¿Qué elementos de orden se hubiesen retraído en Barcelona á no ser por la bárbara represión allí puesta en práctica?

«Los elementos de orden! Siempre se los tiene en los labios, sin que se sepa cuáles son y sin que se pare mientes en el honrado pueblo, que sufre y trabaja, y que no ganando apenas para comer, no consigue ser «elemento de estabilidad y orden.» ¡Qué burla!

«Tiene gracia la afirmación de «El Diario»! En Alicante va todo el pueblo á recibir á Canalejas; en Valencia, donde domina el elemento republicano enemigo de todo lo monárquico, recibieron al insigne demócrata más de 60.000 hombres; en Barcelona, hay periódico que calcula recibieron al exministro unas 50.000 personas; en Castellón, fué recibido por todo el vecindario... Diganos el colega que político de ahora ha logrado otro tanto, y nos convencerá de que no escribe á tontas y locas.

Dice el colega «no sabemos si andandó el tiempo, y por consecuencia de cambios en la opinión, saldrán á la superficie pasiones hoy apaciguadas.» Pues poco sabe «El Diario». La suspensión de garantías en Barcelona, es, sin duda, buen síntoma. El jefe del partido separatista vascongado está preso por dirigir al presidente de los Estados Unidos telegramas que, según se dice, son contrarios á la unidad patria. ¡Otro buen síntoma! En casi todas las grandes poblaciones hay multitud de obreros en huelga. ¿Será este otro síntoma de las ansias de paz que tenemos? ¿Y es otro síntoma de paz la propaganda anarquista entre los trabajadores andaluces?

Deseamos que el colega matinal viva mucho tiempo en su candoroso optimismo, y no imite algún día al gallego aquel, tan agudo, que aseguraba iba á haber palos cuando acababa de recibir algunos.

Lección provechosa

Por todos estilos es bien extraña la situación del actual gabinete fusionista, y mucho más si se atiende á la negrura que se comienzan á vislumbrar en la lontananza del país liberal y progresivo; de ese país que pasó la más buena parte de su vida en la dulzura del más terrible de los ocios, entregado al teosofismo que de suyo es característico de la raza española, cual si esperase el por harto tiempo ofrecido maná.

Los fusionistas que escalaron el poder valiéndose del fruto de lisonjeras ilusiones sembradas en los anchos surcos del esperanzamiento nacional, cambiaron de táctica así que llegaron á la cumbre de sus aspiraciones por modo tan incomprensible cuanto peligrosísimo que no sin razón el país se apercebía á la lucha; á una lucha entre contrarias ideas y donde se combatirían aspiraciones justísimas é ideales santos. Entonces fué cuando los fusionistas se descubrieron de la careta que ocultaba su rostro y se mostraron al país tales cuales eran; esto es, como todos habían sido: hipócritas, logreros, avisados en las miles de cosas políticas, plegueros y embrollones en la gobernación de la patria. Entonces fué cuando el país cedió á los liberales, progresistas é ingenuos de pega, de sainete bufo.

Preciso le fué al país que el gobierno se mostrara en toda su desnudez, para salir de la letárgica indiferencia en que había vivido años y años, unas veces siervos, otras escarnecidos, otras vejados, y todas las veces en lacayuna postración, con los pies del señor de perna á cuello, con la cuchilla del verdugo vislumbrante siempre ante sus ojos hasta cegarlos. Llegó el momento en que se dió plena cuenta de su situación y entonces fué el sacar las tropas á la calle, el suspender las garantías, el apalear y correr al pueblo por calles y encrucijadas, todo muy otra cosa de lo que buenamente se merecía, y todo muy otra extraña manera de proceder para quienes no tenían otros pecados que ser liberales y... sobra de fé en los hombres de gobierno.

Ruda fué la lección; mas el pueblo la aprovechó en lo que valía y todos se pagaron del gusto de cada cual: éste imponiéndose y apuñando, aquél imponiéndose á veces y haciendo temblar á sus opresores. Si de ambos combatientes alguno vino á menos no fué el país; si de ambos alguno salió ganancioso no fué el país, pero tampoco fué su contrincante, y si alguno se hizo de temer y logró resucitar las esperanzas, no fué ciertamente la opresora tiranía de los gobernantes. La lección es dura para ambos; pero si alguno puede tener confianza en su triunfo no son los tiranos los que puede vanagloriarse de ello.

Como, pues, no indignarse de los modos y maneras con que los gobernantes quieren regenerar al país en los presentes días de lucha interna, cuando en el seno de España arde y ruga aterrador volcán; cómo, pues, no temer por el mañana si el hoy es bien triste y luctuoso, y cuando, lo que debían velar por el orden y la conservación, irritan los ánimos, lanzan la simiente de la discordia é impelen al país hácia el suicidio...

La lección es dura; pero provechosa.

SR. GOBERNADOR

Tenemos casi la seguridad de no ser en esta ocasión, como casi en todas, atendidas nuestras no ya denuncias, sino súplicas.

Desde hace tiempo Sr. Gobernador, en la calle de Montijo existe una casa de malísimos antecedentes, en la que, algunas jóvenes de historia negra ejercen de sacerdotisas, con escándalo de los honrados moradores de la referida calle.

Varias veces hemos tratado de denunciar este hecho escandaloso, cual es el que haya una casa de esas entre vecinos dignos y honrados, pero hemos desistido, al asegurarnos que la mencionada zahurda es visitada por persona